

## SI YO FUERA UN ESCRITOR EN CATALÁN

### 1

En su carta de invitación a este evento, Ángel Lertxundi, que escribe en euskera, venía a pedirme que hiciese el esfuerzo de ponerme en su lugar, es decir, de imaginarme como escritor en una lengua minoritaria o no hegemónica, en una lengua, decía Lertxundi, “de limitada tradición literaria”; también me preguntaba cómo pensaba yo que esa limitación afectaría a mi visión de la literatura y qué opinaba “sobre el hecho de que las literaturas que sienten que su fecha de caducidad está próxima quieran seguir nadando en las aguas de la globalización”. Lo primero que pensé al terminar de leer la carta de Lertxundi fue que, si él creía que yo podía cumplir con el encargo que me estaba haciendo, mi colega vasco tenía un concepto demasiado elevado de mí; lo segundo que pensé fue casi lo contrario: que Lertxundi no se chupaba el dedo, y que, tuviese el concepto que tuviese de mí, sabía que yo podía imaginarme sin gran dificultad como un escritor en una lengua minoritaria.

Al menos en esto último Lertxundi llevaba razón. Para explicarme, tengo que hablar de mí, que es, como diría Unamuno, lo que más cerca me pilla. Nací en un pueblito de Extremadura, pero vivo desde los cuatro años en Cataluña. Soy, por lo tanto, catalán, aunque nunca perdí el contacto con Extremadura (sobre todo con el mencionado pueblito de Extremadura), así que supongo que también soy extremeño; en resumen: soy, me temo, un español normal y corriente. También soy bilingüe, y una de mis dos lenguas es una lengua minoritaria: el catalán. Cuando llegué a Cataluña, en pleno franquismo, el uso oficial del catalán estaba prohibido, así que no me enseñaron el catalán en la escuela; no obstante, yo no había ido a parar a Barcelona, como la mayoría de los emigrantes del resto de España, sino a Gerona, donde el uso social del catalán estaba mucho más extendido que en

Barcelona, tal vez que en el resto de Cataluña; de modo que muy pronto convertí el catalán en mi otra lengua. No fue hasta mi ingreso en la universidad, sin embargo, cuando pude aprenderla en serio; y no fue hasta entonces, mientras compaginaba el estudio de la filología castellana con el de la catalana, cuando comprendí que la literatura catalana es una literatura pequeña pero grande. Pequeña en volumen y grande en calidad. Así fue, sobre todo, en la Edad Media: baste decir que Ausiàs March es uno de los mayores poetas del siglo XV (o uno de los mayores poetas **tout court**) y que Cervantes, quien aprendió muchísimo del **Tirant lo Blanch**, de Joanot Martorell, sostiene –y no seré yo quien le contradiga- que esa novela es “el mejor libro del mundo”; por lo demás, me parece evidente que los grandes poetas catalanes del siglo XX –Josep Carner, Carles Riba, J.V. Foix, Joan Vinyoli o Gabriel Ferrater- están a la altura de muchos de sus grandes contemporáneos europeos. Dicho esto, es verdad: si se la compara con la del castellano, el francés o el inglés, la tradición literaria catalana es limitada. Pero esto no significa que no sea riquísima.

Eso fue en todo caso lo que descubrí en la universidad; también descubrí en la universidad otra cosa, y es que la sociedad literaria que me rodeaba hablaba y escribía en catalán. Claro que en Cataluña también existía una sociedad literaria que hablaba y escribía en castellano, pero yo no la conocía; de hecho, no la conocí hasta que empecé a acercarme peligrosamente a los cuarenta años. Antes de esa edad, mis amigos literarios eran escritores en catalán, sobre todo poetas, mis maestros literarios escribían en catalán, yo publicaba mis libros en una editorial conocida sobre todo por publicar en catalán y, cuando empecé a publicar en la prensa, lo hice en un diario en catalán. Hasta casi los cuarenta años, por tanto, la sociedad literaria en la que me desenvolvía se expresaba en catalán; no es que yo rechazase a la que se expresaba en castellano, desde luego: es simplemente que la que se expresaba en catalán era la sociedad

más inmediata para un escritor crecido en Gerona, que se ganaba la vida enseñando en la universidad de Gerona y que, después de pasar algunos años en Barcelona y en Estados Unidos, había vuelto a vivir en Gerona. Hasta los casi cuarenta años, por tanto, yo era un escritor catalán rodeado de escritores en catalán.

Solo que escribía en castellano. Esto significa que vivía inmerso en una situación paradójica: la de un escritor que en términos lingüísticos se encuentra en minoría a pesar de que escribe en una lengua mayoritaria o hegemónica. Aquí se imponen, me parece, dos preguntas. La primera es por qué, si el catalán era la lengua hegemónica en mi medio, yo escribía en castellano y no en catalán. No tengo una respuesta breve y taxativa a esa pregunta. Puedo decir que el castellano no es sólo la lengua de mi pequeño pueblo de Extremadura sino también mi lengua materna, la lengua de mi madre, de mi padre y de mis hermanas, la lengua de mis amigos de infancia y adolescencia en Gerona (que siguen siendo los amigos de mi edad adulta), también la lengua en la que hablo con mi hijo (aunque no con mi mujer: con ella hablo en catalán); puedo decir que, aunque he escrito a menudo en catalán, desde que a los quince años quise escribir literatura jamás me planteé hacerlo en otra lengua que el castellano, quizá porque no se escribe con la cabeza sino con las tripas, y la lengua que me salía de las tripas era el castellano; puedo imaginar que, si en vez de emigrar a Cataluña, mis padres hubieran emigrado a Francia o a Gran Bretaña y yo me hubiese escolarizado en francés o en inglés y me hubiese empapado de una tradición literaria como la francesa o la inglesa –comparada con la cual la tradición del castellano es muy limitada–, yo hubiera escrito en francés o en inglés. Puedo decir o imaginar esas y otras cosas, pero lo más próximo a una respuesta breve y taxativa que puedo dar es lo siguiente: igual que en cierto modo un escritor mínimamente serio no elige sus temas, sino que es

elegido por ellos, en cierto modo un escritor mínimamente serio no elige su lengua: es su lengua la que lo elige a él.

Esa es mi respuesta provisional a la primera pregunta. En cuanto a la segunda, apuesto a que hace ya rato que algunos de ustedes se la estarán haciendo: ¿es verdad que, según se afirma a menudo, los escritores que escribimos en castellano y residimos en Cataluña vivimos en una situación incómoda, por no decir que somos víctimas del nacionalismo o el independentismo mayoritario en la vida pública catalana? La respuesta a esta pregunta sí puede ser breve y taxativa: la respuesta es no. Y añado: sobre todo comparada con la situación del escritor español en Madrid o la del catalán en Barcelona, a mi juicio la situación del escritor español en Cataluña es privilegiada.

Déjenme que me explique otra vez.

La situación ideal de un escritor es una situación un poco oblicua, un poco periférica, casi marginal; no del todo: sólo un poco, sólo casi. Esa es la situación del escritor que escribe en español y vive en Cataluña. Es verdad que el centro editorial del español está en Barcelona, donde tienen su sede las editoriales y los agentes más potentes de la lengua; pero el poder literario español sigue en Madrid. También es verdad que en este aspecto las cosas han cambiado un poco: a principios del siglo XX, cuando empezaban a consagrarse Baroja o Azorín, era impensable para un escritor español no vivir en Madrid; incluso lo era a mediados del siglo XX, cuando se consagraba Cela y empezaba a publicar Sánchez Ferlosio, aunque quizá ya no lo era tanto: al fin y al cabo, por esa misma época también empezaba a publicar Gil de Biedma, que nunca vivió en Madrid; hoy, en cambio, pocos escritores en español de Barcelona sienten por razones literarias la necesidad de la capital, a pesar de que el poder literario, repito, sigue allí. Pero ya se sabe que el poder es peligrosísimo para un escritor, empezando por el poder literario. Quiero decir que el escritor español en Madrid, como

el catalán en Barcelona, corre muchos más riesgos que el escritor español en Cataluña: el riesgo de un éxito prematuro, el riesgo de dedicar más tiempo a la vida literaria que a escribir, el riesgo de ceder al privilegio envenenado de cualquiera de los halagos, sinecuras, canonjías, chollos y cholletes con que el poder intenta sobornar al escritor, incluso el riesgo de la política a secas. Un ejemplo: casi forma parte obligada del **cursus honorum** del escritor español aspirar al ingreso en la Real Academia; el escritor español de Cataluña, en cambio, puede esquivar tranquilamente esa obligación: como no fueron académicos Gil de Biedma ni Carlos Barral, como no lo son Juan Marsé ni Eduardo Mendoza, casi nadie sensato siente el menor deseo de serlo. Pero los escritores españoles en Cataluña no sólo nos ahorramos parte del tiempo, los esfuerzos inútiles y las tentaciones letales que amenazan a nuestros colegas españoles en Madrid y a nuestros colegas catalanes en Barcelona: a diferencia de aquéllos, disponemos de una tradición literaria añadida (la del catalán, cualitativamente excepcional); a diferencia de éstos, disponemos de una enorme cantidad de lectores potenciales en nuestra propia lengua; a diferencia de unos y otros, los escritores en castellano de Cataluña casi salimos de fábrica con una mirada extraterritorial sobre Cataluña y sobre España, que es la mirada perfecta para un escritor. Por lo demás, es falso que el independentismo nos persiga por escribir en castellano; lo que quiere es que, escribamos en la lengua en que escribamos, seamos independentistas. No se engañen: lo que pasa ahora mismo en Cataluña no es cuestión de lenguas; es cuestión de poder: a ojos de la mayoría de los políticos independentistas, la lengua es sólo un instrumento para conseguir todo el poder; de hecho, contra lo que creen muchos de mis colegas catalanes que escriben en catalán, no hay razón alguna para pensar que, si Cataluña alcanza la independencia, al día siguiente los políticos independentistas no empiecen a olvidarse del catalán.

De modo que insisto: quienes escribimos en castellano y vivimos en Cataluña somos unos privilegiados. Yo al menos me siento así, porque sospecho que, si no hubiese crecido no ya en Barcelona sino en Gerona y no hubiese pasado la mayor parte de mi vida allí ni llegado hasta casi los 40 años con una ignorancia casi completa del mundillo literario español, mi vida quizá hubiese sido mejor de lo que ha sido –quién sabe-, pero yo sería peor escritor de lo que soy.

## 2

Volvamos al centro de nuestro asunto; volvamos a la pregunta de Ángel Lertxundi: ¿cómo viviría yo el hecho de ser escritor en una lengua minoritaria o no hegemónica, una lengua con la fecha de caducidad próxima y de tradición literaria relativamente limitada? No lo sé, pero es posible que, si yo fuera un escritor en catalán, viviría mi condición de escritor como la viven muchos de mis colegas que escriben en catalán: con incertidumbre, por momentos con una sensación de angustia o de inutilidad, preguntándome qué sentido tiene escribir en una lengua con un futuro tan incierto como la mía, sintiéndome por momentos como un ejemplar de una raza en extinción. Es posible. Y es seguro que me preocuparía mucho la salud actual y el futuro del catalán. Espero que nada de ello me llevase a abrazar, sin embargo, el nacionalismo o el independentismo catalán: primero porque el nacionalismo, que fue una ideología básicamente progresista en el siglo XIX, se convirtió en el siglo XX en una ideología básicamente reaccionaria; segundo porque no creo que la independencia de Cataluña sirva para arreglar ninguno de los problemas que tenemos los catalanes; y tercero –y sobre todo- porque, como decía antes, no hay ninguna razón para pensar que la situación del catalán mejoraría en una Cataluña independiente: no está nada claro, en efecto, que la independencia de un país garantice la salud de su lengua,

como demuestra el caso de Irlanda, donde, una vez conseguida la independencia tras dos guerras feroces, los políticos se ocuparon poco o nada del gaélico, porque lo que les interesaba era el poder, no el gaélico, que había dejado de ser para ellos un instrumento para conseguir el poder. Ahora bien, si yo fuese un escritor en catalán, me irritaría mucho –aunque no sé si más de lo que me irrita ya- el modo de plantear la cuestión lingüística del discurso antinacionalista catalán dominante en Cataluña y en el resto de España.

Se trata en mi opinión de un discurso equivocado. El error consiste fundamentalmente en creer que la defensa y el fomento del catalán equivalen a la defensa y fomento del nacionalismo catalán (o del independentismo) y que impedir la extensión del catalán equivale a impedir la extensión del nacionalismo o el independentismo catalán. Esto no es sólo falso, sino también dañino. Es verdad que, como otros nacionalismos, el catalán ha apoyado tradicionalmente sus reivindicaciones en la existencia de una lengua propia, fiado en la idea romántica de que la lengua es una emanación del pueblo y una herramienta de construcción nacional; pero no es menos verdad que entregarles a los nacionalistas la lengua es regalarles una baza fabulosa e inmerecida: el nacionalismo es una ideología de unos pocos, pero la lengua es un tesoro de todos, incluidos quienes ni la hablan ni la leen, porque pueden llegar a hacerlo. Sobre todo cuando se trata de una lengua como el catalán, tan rica y tan próxima al castellano. Muchos de ustedes recordarán ese pasaje de la segunda parte del **Quijote** en que Don Quijote y Sancho, que se dirigen hacia Barcelona, son detenidos por unos bandoleros capitaneados por Roque Guinart. Los bandoleros hablan en catalán y, aunque con "cuatro pistoletas" amenazándole a uno es posible entender hasta el zulú, todo indica que en las páginas siguientes se da, como dice Álex Grijelmo, "una situación de bilingüismo tácito que invita a imaginar a cada uno comunicándose en su idioma". No se extrañen.

Catalán y castellano se parecen tanto que, aunque los protagonistas de Cervantes nunca hayan oído hablar catalán, entienden a los bandoleros, y no sólo los entiende don Quijote, que es un hidalgo leído, sino también Sancho, que es un destripaterrones. Dicho de otro modo: es posible pasarse un mes oyendo hablar en catalán sin llegar a entender una palabra, pero para eso hay que esforzarse mucho o ser más necio que el bueno de Sancho. Y si esto es así, si el catalán y el castellano, como el castellano y el francés o el italiano, son en el fondo la misma lengua (es decir, latín mal hablado), muchos de ustedes se preguntarán cómo es posible que su convivencia en Cataluña sea desde hace décadas motivo permanente de controversia; aquí también la respuesta es simple: porque a la clase política le interesa; porque a nuestros políticos de uno u otro signo la lengua no les importa de verdad o sólo les importa en la medida en que pueden usarla como instrumento político, de manera que les resulta mucho más útil mantener vivo el problema que resolverlo. Esta explicación es, además de simple, triste y dura, pero cuarenta años de experiencia demuestran que es veraz.

Así que, si yo fuera un escritor en catalán, diría lo mismo que digo ahora que sólo soy un asiduo usuario del catalán. Diría que la defensa del catalán es, antes que una cuestión política, una cuestión moral, de respeto, no ya por la lengua catalana, que es una abstracción, sino por los catalanoparlantes, que somos individuos concretos. Diría que resultan intolerables determinados atropellos azuzados por el nacionalismo español, como el del LAPAO, que busca abolir el catalán en Aragón. Y diría que España debe fomentar el catalán con la misma energía con que fomenta el castellano. Porque es seguro que la convivencia en Cataluña entre ambas lenguas puede ser muy mejorada y que el nacionalismo catalán comete abusos, pero también es seguro que puede hacerse mucho más por la difusión y el reconocimiento del catalán, sobre todo fuera de Cataluña. Esto



no sólo lo digo yo. También lo dice Francisco Rico, quizá nuestro primer hispanista, quien no hace mucho escribió que el Estado "no ha sabido asumir y favorecer" el conocimiento de las lenguas minoritarias. O lo decían José Manuel Lara y Carmen Balcells, el mayor editor y la mayor agente de la lengua española. En definitiva, si yo fuese un escritor en catalán intentaría desmontar con éxito la trampa que he intentado desmontar sin éxito siendo un escritor en castellano y haría lo posible por separar el debate lingüístico del debate político: defender el derecho a usar el catalán no equivale a defender el nacionalismo catalán, igual que defender el derecho a usar el castellano no equivale a defender el nacionalismo español; defender el derecho a usar una lengua es solo defender los derechos legítimos de los hablantes de esa lengua. Empezando, claro está, por los derechos de los escritores, que somos usuarios privilegiados de una lengua.

### 3

De acuerdo, no hay que dramatizar: las lenguas son organismos vivos que nacen, se desarrollan y mueren, y todas las nuestras también morirán. Pero hay que reconocer que es más fácil no dramatizar cuando uno escribe en una lengua tan universal como el español que cuando escribe en una lengua tan local como el catalán o el vasco; además, es verdad que las lenguas mueren, pero no veo ninguna necesidad de acelerar su muerte o de no hacer nada para evitarla. Así que, si yo fuera un escritor en catalán (o en vasco), haría lo posible para asegurar la prosperidad y evitar la muerte del catalán (o del vasco). De todos modos, también trataría de no dramatizar: como decía Ángel Lertxundi en su carta de invitación, me negaría a pensar que el hecho de escribir en una lengua probablemente agonizante me convierte en un escritor agonizante. Y sobre todo, como soy un optimista

compulsivo, intentaría hacer de la necesidad virtud, tratando de convertir en ventajas las desventajas de escribir en una lengua minoritaria.

¿Cómo se hace eso? No lo sé, por supuesto, pero puedo intentar imaginarlo.

En el fondo, el problema esencial de quien escribe en una lengua minoritaria es exactamente el mismo que el de quien escribe en una lengua mayoritaria: en ambos casos se trata escribir lo mejor que se pueda. Para ello es imprescindible asimilar a fondo la tradición, subordinándola sin escrúpulos a los intereses del propio escritor, que consisten en decir lo que sólo él mismo puede decir y todavía no se ha dicho. La tradición de cualquier escritor es doble: por un lado, la tradición de la propia lengua, que es el instrumento básico del escritor; por otro, la tradición universal, que es de todos. Estas dos tradiciones son como las dos riendas de un carro: si el escritor no sujeta bien una de las dos, el carro no avanza; con estas dos tradiciones construye el escritor la tradición personal con la que amasa su propia obra. El escritor catalán (o el vasco) comparten la tradición universal con el escritor español (o el inglés) y ambos pueden espigar en ella lo que más les interesa; no obstante, el escritor catalán (o el vasco) tiene una tradición de su propia lengua menos variada y más endeble que el escritor castellano (o el inglés). Esto es un inconveniente, porque, cuanto más fuerte y rica sea una tradición, mejor es el instrumento con el que trabaja el escritor; pero, si yo fuera un escritor en catalán (o en vasco), trataría de convertirlo en una ventaja. Las grandes revoluciones literarias son casi siempre el resultado de operaciones de mestizaje, de transfusiones de sangre de una lengua a otra, que se renueva a través de ellas: en el siglo XVI Garcilaso de la Vega revolucionó la literatura española –y quizá la universal- adaptando al español el endecasílabo italiano de Petrarca; en el siglo XVIII Lawrence Sterne y Joseph Fielding revolucionaron la literatura inglesa –y sin duda la universal- adaptando al inglés la lección del **Quijote**;

en el siglo XX Jorge Luis Borges revolucionó la literatura en español –y quizá la universal- adaptando al español la obra de ciertos escritores ingleses del siglo XIX. Y así sucesivamente. El inglés posee la tradición literaria más rica de Occidente, pero, si yo fuera un escritor en catalán (o en vasco), pensaría que precisamente por eso en inglés ya está todo o casi todo dicho, que en inglés es más fácil decir cosas que en catalán o en vasco pero más difícil decir cosas que aún no se han dicho, pensaría que el inglés ha conocido casi infinitas transfusiones y que en esa lengua ya es muy difícil decir cosas nuevas, mientras que en catalán (o en vasco) todo está por decir, todos los mestizajes y revoluciones están por hacer y por tanto todo es posible. Si no me engaño, más o menos a eso aludía Yorgos Seferis cuando, según recordaba Ángel Lerxundi en su invitación, afirmaba que escribir en una lengua no hegemónica (en su caso, griego moderno) “nos da la opción de renovar nuestra dichosa lengua”; y añadía: “Alguna ventaja teníamos que tener frente a las literaturas que han sido cultivadas una y otra vez”. Los pioneros de un arte nuevo poseen casi siempre una frescura y una audacia que no poseen sus sucesores, quienes corren el riesgo de acartonarse en manierismos de academia; por lo mismo, si yo fuera un escritor catalán (o vasco) intentaría pensar que el hecho de que una literatura haya sido cultivada a fondo, como le ocurre a la inglesa, no es una ventaja sino un inconveniente, y trataría de explotar la frescura y la audacia de una literatura que, como la catalana (o la vasca), está menos exhausta y es más virgen y tal vez más fértil.

Sí, ya sé que todo esto puede sonar a pura ilusión, a simple **wishful thinking**, por decirlo precisamente en inglés; pero, sea cierto o no, es lo que yo pensaría: que quedan muchas más cosas por decir en catalán o en vasco que en inglés o en castellano. También pensaría que yo, como escritor en catalán o en vasco, disfruto de una ventaja inapelable sobre un escritor en inglés o en castellano, y es que, además de tener como todo el

mundo a mi alcance la tradición del castellano y el inglés, tengo a mi alcance la tradición del catalán o el vasco, tradiciones que casi todo el mundo ignora o incluso desdeña, y a las que en cualquier caso no es tan fácil acceder. Y también pensaría que el castellano –sobre todo el castellano, que seguiría siendo mi lengua aunque escribiera en catalán o en vasco- no es mi enemigo sino mi aliado, tal vez mi mejor aliado, pensaría que no es una desventaja sino un privilegio convivir con él y que, sobre todo en las aguas de la globalización que mencionaba Lertxundi, una lengua minoritaria sobrevivirá más tiempo si se abraza a una lengua hegemónica que si arremete contra ella. También pensaría que lo local no se opone a lo universal, y recordaría a menudo a Tolstoi, que escribió: “Pinta tu aldea y pintarás el mundo”. Y pensaría otras cosas, supongo. Lo único que no pensaría, lo único que ni siquiera se me pasaría por la cabeza es abandonar mi lengua minoritaria y escribir en una lengua hegemónica con el fin de trabajar con una tradición propia más rica o con una lengua con una fecha de caducidad menos próxima, o simplemente para tratar de tener más lectores. No: me aferraría a mi lengua, seguiría hasta el último instante escribiendo en ella. No lo haría, aclaro, por patriotismo lingüístico: al fin y al cabo, yo no creo que la patria de un escritor sea la lengua; la patria de un escritor es el lenguaje. No: no cambiaría de lengua por algo mucho más elemental y más egoísta, y es que, hasta que no se demuestre lo contrario, la lengua que le sale de las tripas a un escritor constituye el mejor instrumento de que dispone para escribir lo mejor posible y para decir lo que tiene que decir, cosa que en definitiva es la única obligación de un escritor. Así que, si fuese un escritor en catalán (o en vasco), pensaría en muchas cosas, salvo en qué se siente siendo un escritor en castellano (o en inglés). A menos, claro está, que un escritor en castellano o en inglés me pidiera que yo, un escritor en una lengua minoritaria, me imaginara como escritor en una lengua hegemónica. En cuyo caso intentaría esforzarme en

contestarle tanto como me he esforzado hoy en contestar a Ángel Lertxundi.